



MI VIDA CON LA ENFERMEDAD DE PARKINSON

Hola, mi nombre es A.F.M., y estoy diagnosticado como “parkinsoniano” desde el 26 de enero del 2012, cuatro días después de cumplir 60 años. Un amigo lo notó y la neurólogo lo confirmó.

Como cabe suponer, fue una noticia triste. Era el primer año, después de veinte, en el que, tengo que decirlo crudamente, Loly, mi santa, y yo disponíamos libremente de nuestro tiempo. Quisiera yo que mi hija, Fátima, no tuviera que pasar por las “servidumbre” que yo pasé, pero me temo que, desgraciadamente, va a seguir mis pasos (Loly está en silla de ruedas y mi suegra, que está bien de salud, tiene 86 años).

En fin, que tuve que empezar a con vivir con “este pesado huésped” limitador. La verdad es que al principio no notaba nada extraño que yo recuerde (quizá pareciese que mis movimientos eran más lentos). Así que continué con mi trabajo de profe en un instituto de la ciudad por un periodo que resultó ser de tres años.

¡Hombre! Siempre se puede aguantar un poco más, pero los dos últimos cursos, ya no era el mismo profesor de años anteriores. El comienzo del tartamudeo y los problemas de “psicomotricidad fina” a la horade escribir eran las principales dificultades que me hicieron plantear la cuestión a la Inspección médica. Lo recuerdo bien, me citó el 27 de diciembre (2013) -lo que tiene su “aquel”-. El inspector, muy amable, me indicó el protocolo a seguir: una baja mensual, que podía comenzar el siguiente mes de enero, prorrogable indefinidamente, hasta que la S.S. tuviese a bien interesarse por mí.

Me molestaba irme en el próximo enero sin dar una explicación a mis alumnos/as. Todos sabían de mi enfermedad, pues no se lo oculté a nadie (y creo que hice bien) pero, cuando les hablé de mis intenciones, la noticia les sorprendió y creo que les produjo cierto desasosiego. Con la confianza en el trato que teníamos después de varios cursos “soportándonos” (no es esta la palabra correcta) uno de los mayores me dijo:

“Profe, si non aguanta hasta final de curso, vannos mandar outro moito peor que vostede, así que, profe, si pode... ¡por favor!”. Las carcajadas fueron unánimes y también (o eso me pareció a mi) las caras de alivio al ver que accedía a su “ruego”.

El curso siguiente 2014-2015 ya lo pasé de baja, y desde el 1 de septiembre (2015), después de 39 años de “tiza y encerado” (38 en el mismo Centro, en A.C.), me jubilaron. Allá quedaron innumerables “reglas de tres” y “ecuaciones de segundo grado”.

En octubre 2017, me inscribí en la A.P.G.C. donde trato (tratan conmigo) de poner freno al inexorable deterioro, ya que a las “dificultades” mencionadas al principio, en lento pero claro crecimiento, vino a sumarse el último año la aparición de “nuevos trastornos del movimiento”, principalmente al intentar caminar solo. De manera jocosa digo que para relacionarme con los demás necesito un “lázaro/a” que entienda la variante del “*klíngon*” en que se ha convertido mi “*particular koine*”.

No soy un inconsciente, pero esta forma de referirme a mi enfermedad me ayuda como si de un placebo se tratase, que ¡ya está bien de arena!

Ahora, para terminar, unas “paladitas de cal”.

Me hubiera gustado estar en activo hasta por lo menos este curso 2019-2020, pues se va a celebrar el 50 aniversario de la creación de mi Centro de trabajo. Pero no pudo ser y ya está.

Desde luego, me gustaba mucho mi profesión, pero no soy de esa gente que se deprime al incorporarse a las filas de las llamadas "clases pasivas". Para nada.

Así le debió ocurrir a un compañero jubilado unos años antes, al preguntarle con cierta ironía (o "mala leche"), en que invertía su tiempo. Lúcido él, me contestó con la pregunta de si en las largas vacaciones de verano, me aburría. *"No, ¡claro!"* le contesté yo, a lo que él me replicó, *"pues la jubilación es como unas vacaciones más largas aun, en las que puedes hacer todo aquello que te gusta y no tuviste tiempo de hacer"* y continuó con un frase *"no sabes lo ocupado que está un jubilado"*.

Así lo pensaba yo antes, pero ahora...

Tuve que dejar mi afición por la práctica deportiva(footing y similares), el baile (¡Dios!, ¡aquellas cenas-baile con Loly, solos o acompañados en el Paraguas o en el Pantano!). Bueno, las comidas con amigos las seguimos celebrando de vez en cuando (hasta la llegada del Covid-19), pero dependo de ellos.

Lo que si mantengo es mi afición por los, en una palabra, "papeles". Por lo visto, parece que hasta ahora, a mi "huésped Parkinson" no le dio por emular a su "innombrable" primo, y está dejando tranquila mi capacidad cognitiva ("puachs, ¡meigas fora!"). Me permite esto dedicarme a esta actividad, una de las favoritas y de toda la vida: confección, revisión y ordenación de "documentos", ya sean míos (fotografías, sellos y, sobre todo, "apuntes" -mat., fis., qui.,astr,...) o de la familia (escrituras antiguas...). A veces, me abstraigo tanto que me olvido de tomar a su hora las reglamentarias pastillas...

Por último, una afición que tenía casi olvidada, pero es la mejor. Se trata de ver crecer a un(a) niño(a) en la familia. En mi caso, se trata del hijo de mi hija. Se llama Álvaro, como yo, pero mi suegra dice que debería llamarse *"falta facía"*. *"Moita, madriña, moita, moita"*.

Bien. Así es, así fue y así lo he contado. Nada más, *"Eso es to, eso es to, eso es todo, amigos"* (*Bugs Bunny* dixit.)